

En Semanario JAQUE, separata, Montevideo, viernes 13 de julio de 1984, p. 7.

## DE GIGANTES Y DE PIGMEOS

Mariano Arana

Hace pocas semanas atrás, Manuel Flores Mora, en uno de sus atrapantes escritos, nos hacía saber que el uruguayo Guillermo Caprario podría haber aprendido el idioma de los pigmeos en procura del apaciguamiento de una tribu salvaje.

¿De qué habríamos de sorprendernos ya los orientales, ante las reiteradas hazañas de que han dado prueba — y por cierto que la siguen dando — tantos compatriotas en los más diversos ámbitos de actuación?

Nos hemos habituado en efecto a integrar sin sobresaltos, pericias, realizaciones y talentos avalados por la consagración externa. Pero hemos ido perdiendo, en lo interno, capacidad de sorpresa y sensibilidad crítica para descubrir y ponderar la real significación de algunos de nuestros creadores de estatura mayor.

¿Cómo determinar, para el caso concreto, la “real significación” de Carlos Real de Azúa? ¿Cómo evaluar la amplitud y profundidad de su legado?

Ciertamente, no me corresponde a mí la valoración global de una personalidad de tan variados perfiles. Sencillamente, no está a mi alcance hacerlo. Creo sí, poder dar testimonio circunscrito a un área específica. La mía propia. La vinculada al entorno construido y al espacio urbano.

Real de Azúa tenía por el país un entrañable cariño. Cariño que se nutría con el conocimiento esencial, el estudio permanente, la discusión lúcida sobre sus potencialidades, sus limitaciones, sus peculiares facetas. Sobre su viabilidad misma. Y tenía igualmente, un entrañable cariño por su ciudad. La conocía palmo a palmo. Caminador incansable, anclaba su legendario y modestísimo Morris en una esquina cualquiera y salía a deambular por las calles de la Comercial, el Prado, la Unión, la Aguada, el Reducto, el Cerrito, Atahualpa, Arroyo Seco, Peñarol, o el Pocitos menos transitado y ostentoso.

Innumerables veces, Montevideo fue para él objeto de un itinerario obstinado y permanente. Siempre diferenciado y en el fondo, sin embargo, siempre el mismo. Porque la ciudad es, simultáneamente, instante y proceso; unicidad y pluralismo. Para quien sabe interpretarla, se constituye, más allá de un andamiaje material, en metáfora de su gente y de su historia. Su lección no se manifiesta en bloque, sino a través de la pluridimensionalidad de sus lecturas posibles y la dilatada diversificación de vertientes cognoscitivas.

En verdad, pocos, quizás nadie capacitado como él para una aproximación comprensiva al fenómeno urbano. Un barrio, un espacio público, un edificio, una modalidad arquitectónico-expresiva fueron, para Real de Azúa, otros tantos referentes de un momento histórico dado, de una concreta capacidad económica y productiva, de una precisa relación de las fuerzas sociales en juego, de las pautas de confort dominantes, de una particular percepción estética y cultural, de una determinada concepción de la vida y el prestigio social. Encaró a la ciudad – como al país todo – con visión analítica y a la vez integradora: regional y a la vez ecuménica; documentada y a la vez emotiva.

Entendió a la ciudad – y al país todo – como gesta colectiva. Creyó firmemente que sólo en la justicia podría cimentarse un proyecto de nación legitimado por amplio consenso.

“Cuántos sacrificios estaríamos dispuestos a admitir los uruguayos, si creyésemos cabalmente que con ellos se beneficia la comunidad”, me confiaba Real de Azúa poco antes del golpe militar.

Para el logro de aquella justicia, buscó sin descanso la obtención de la verdad. La buscó tenazmente, procurando abarcarla en su complejidad, en sus contradicciones, en la multiplicidad de sus matices. La buscó sin rehuir la densidad conceptual y reflexiva; sin rehuir el rigor sistemático. Sin rehuir, tampoco, el compromiso personal y la preocupación sensible. La buscó con libertad de criterio e independencia de juicio. Y en ello reside, probablemente, la razón de su ostracismo. Libertad e independencia no son valores confiables en época de subordinación y censura.

Real de Azúa vivió sus últimos años como exiliado en su propio suelo. Su desaparición se produjo, para oprobio de todos, en medio de un casi absoluto silencio. Silencio que se prolonga, incommovible, durante los siete años que nos separan de su ya lejana muerte. Es que en esta última década, la arquitectura, como la ciudad, como el país, como la población y sus relaciones de convivencia, se han degradado. Individual y colectivamente, el sistema imperante nos ha empobrecido. Económica y culturalmente nos empujó a la indigencia.

Fue propósito visible trabar la información, limitar el pensamiento, minimizar las mentes, ensayando el insensato suicidio de un “jibarismo” ilustrado.

Pero el reduccionismo obcecado toca a su fin. Su suerte está echada.

A la hora de re-crear, de re-componer, de re-construir, nos cabe la responsabilidad de recobrar para la comunidad, obras y autores relevantes y sin

embargo acallados. Real de Azúa, a no dudarlo, se cuenta entre ellos. Su rescate resulta impostergable, para que no se perpetúe como gigante solitario en país de pigmeos.